

"Antología Poética Para Estudiantes"

Por EDMUNDO CONCHA

Aunque sobre los agoreros que anuncian el deceso de la poesía, sepultada por intereses hoy más perentorios, o por la publicidad antipoesía, ella en verdad no morirá antes que expire el último habitante de la Tierra. Es consustancial a la naturaleza humana y nunca faltará seres privilegiados que sepan trasladar su gracia y su misterio a la palabra impresa.

Si bien hoy se vive un tiempo tan denso de problemas materiales, al punto de malbaratar a diario la elevación de ánimo que requiere la recepción de la poesía, ello justamente mejor justifica la necesidad suya a modo de antidoto. No en vano sus dones suelen ser, a más de catárticos, mágicos.

La poesía, esa manera de transfigurar la realidad cotidiana hasta darle a veces una trascendencia metafísica, por encima del tiempo y del espacio, es necesaria en todas las edades, pero acaso se la sienta con mayor intensidad en la juventud, cuando los cinco sentidos trabajan a todo velamen. Por algo los pueblos, en relación con los géneros literarios, cultivan la poesía en el alba de su formación, la novela en la etapa de la madurez, y la historia a la hora fatigada del crepúsculo.

Bienvenida entonces a nuestro medio —tan joven en sí, pero a sus comienzos arreos de fatalismo— la "Antología Poética para Estudiantes", con muestras españolas e hispanoamericanas reunidas profesionalmente por Pedro Lastra y Juan Curiola, y publicada por la Editorial Universitaria.

Esta antología, cuyas primeras páginas se remontan a la época del romancero, supone todo un viaje por los caminos de la poesía española, con detenciones en sus principales estaciones. Están las "Copias a la Muerte de su Padre", de Jorge Manrique, de sempiterna actualidad, pasando por los momentos estelares de cada uno de los clásicos de nuestra lengua —San Juan de la Cruz, con su residencia en el cielo; Luis de Góngora, de barroca fluencia verbal; Francisco de Quevedo, el irónico conceptista; etc.— hasta llegar a los poetas mayores de este siglo, tales como Juan Ramón Jiménez, depurado e íntimo lirismo; Antonio Machado con su inspiración meditada por el tiempo y la distancia; Federico García Lorca y su Andalucía reflejada en coloridas y danzantes metáforas; Miguel Hernández, el campesino con voz universal; y otros de semejante jerarquía.

La poesía hispanoamericana, tan matizada como el paisaje geográfico que le sirve de marco, va desde las sonoras orquestaciones de Rubén Darío hasta la voz recogida de Jorge Luis Borges, cuyo "Poema de los Dones" puede dejar pensando en profundidad al más frívolo de los lectores.

De los 21 poetas chilenos incluidos, el mayor —en edad— es Diego Dublé Urrutia, con sus poemas taxativamente formales, y el más joven es Oscar Hahn, con un solo soneto, "Gladiolos Junto al Mar", que más bien parece una maravilla junto al mar.

Carlos Pezo Véliz, la melancolía pasada sin criba al verso, aparece con sus dos mejores aciertos, "Nada", de sarcástico contenido social, y "Tarde en el Hospital", con más luz que un amanecer.

De Manuel Magallanes Moure se publica ese romántico, "Apaisement", de fácil memorización, tal vez porque su fondo amoroso está expuesto con la justa simplicidad.

Pedro Prado, uno de los poetas más completos, por su esmerada artesanía y por el eco filosófico de su palabra, figura con tres muestras, ninguna de las cuales es "Las Dunas", uno de los sonetos mejor construidos en Chile y habido por una voz tan acendradamente humana.

De Gabriela Mistral, la poetisa mayor, se entregan varios frutos, cada uno de los cuales es una demostración de su capacidad cordillerana, especialmente "Los Sonetos de la Muerte", que llevan al lector por cumbres y por abismos igualesados.

De Vicente Huidobro se insertan esa declaración de principios, escrita en versos, que es su "Arte Poética", y fragmentos

de su cimiento "Alfaro", donde brilla esta perla: "¿Irías a ser ciego que Dios te dio esas manos?".

Pablo de Rokha, el maduro enfant terrible que todo lo media con exageración, hasta poblar su mundo de esperpentos, contribuye con un retazo de "Círculos", cuyas estrofas provocan menos la emoción que la impresión.

Juan Guzmán Cruzagua se hace presente con "Canción", esa página ya clásica que en tan pocas líneas lo dice todo, y algo más.

La naturaleza vegetal del país está a cargo de Juvenio Valle, poeta bucólico, buen administrador del agua del bosque, del río, según se comprueba en la poesía suya transcrita.

"Esquina con Flauta" es representativo de la obra original y llena de gracia de Julio Harnenechea, aun cuando en otros es más profundo, como por ejemplo en "Carretería Distante" y "Es el Tiempo".

De Oscar Castro se eligen cuatro muestras, ninguna superior a sus "Poemas de la Tierra", donde se concentra tanto oro de la poesía chilena.

Los antologadores se embriagaron de entusiasmo frente a la producción colosal de Pablo Neruda, de quien exponen 26 poesías, toda una desproporción que deja a los otros vates en desventaja cuantitativa. Con la rauda "Mariposa de Otoño" y con algunos pocos fragmentos de "Residencia en la Tierra", su libro más caóticamente profundo y nocturno, habría bastado.

Las otras poetas seleccionadas son más jóvenes y con una obra todavía en pleno desarrollo. Son Nicanor Parra, Gonzalo Rojas, Miguel Arteche, Enrique Lihn, Alberto Rubio, Efraín Barquero, Jorge Teller y Oscar Hahn. De ellos, dos se imponen con poemas definitivos: Gonzalo Rojas con "El Silencio", y Enrique Lihn con "La Voz de Narciso", ambos con hondas connotaciones ontológicas.

De las secciones dedicadas a los poetas españoles e hispanoamericanos se podrían también destacar unos pocos sin que se alterara el natural desequilibrio cualitativo: muchas figuras, pocos fulguran. De ahí que el volumen, que contiene 136 poesías, deje en general una sensación de vacío y una vez más la evidencia de cuanto abundan en los versificadores y cómo escasean los poetas en todos los siglos. En rigor, la gran mayoría de estas poesías, aunque haya sido escrita por esos autores que se denominan clásicos —menos por su obra misma que por una suerte de tradición automecanizada— resulta insustancial, monótona, palabrosa, sin magia por dentro ni por fuera. Por eso está más viva en sus propios libros, o sarcófagos, que en la memoria de los lectores. El alto prestigio de sus autores ha sido aceptado por obligación o por servidumbre académica y casi siempre en secreta oposición a la sincera preferencia de los auténticos gustadores de la poesía, quienes, por lo demás, en ningún tiempo han sido numerosos.

Y gruchas al canto. Véase esta muestra del superafamoso Lope de Vega:

"¿Qué tengo yo que mi amistad procura?"

¿Qué interés se le sigue, Jesús mío,

que a mi puerta, cubierto de rocío,

pasas las noches de invierno oscuras?" (Pág. 29)

Y miren, y si pueden admiren, esta estrofa de Jorge Guillén:

"El alma vuelve al cuerpo,

Se dirige a los ojos

Y chora, ¡Luz! me invade

Todo mi ser. ¡Asamblea!" (Pág. 56)

Otro rasgo a la vista en esta antología es que la poesía en idioma español, salvo excepciones, es más imitativa que creadora, más rica en palabras que en vida. Es un buen espejo, comparada con la poesía anglosajona que, con su mayor poder imaginativo, es como un crisol que genera casi automáticamente nuevas realidades, una especie de "manantial que no cesa".

668.952

Edmundo, Sta. 13-W-1975.P.S

"Antología poética para estudiantes" [artículo] Edmundo Concha.

AUTORÍA

Concha, Edmundo, 1918-1998

FECHA DE PUBLICACIÓN

1975

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"Antología poética para estudiantes" [artículo] Edmundo Concha.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa